

SEGOVIA.



F. WIESENER, DEL ET SC.

Vista del Alcázar de Segovia.

T. I. — PARIS. — IMP. BLONDEAU.

Hay ciertas ciudades que hubieran debido adquirir, como Roma, tantas veces desmantelada, el epíteto de *ciudades eternas*. Sus modestas proporciones, el inofensivo papel que han representado en la historia y hasta los encantos de sus respectivas posiciones, les han asegurado una existencia, sino ruidosa, al menos fácil y duradera. Para causarse su ruina se necesitaría que sobreviniese un trastorno terrestre que las arrojara á tierra de improviso como le sucedió á Pompeya, porque parecen estar resguardadas por la Providencia de todo ataque por parte de los hombres. Bien diferentes de aquellas ciudades ambiciosas que llamaban sobre sí la cólera de los conquistadores, las ciudades de que hablamos no pierden nada con dejarse subyugar, amadas como lo son de las razas dominadoras que no aspiran á otra cosa que á aumentar la riqueza y hermosura de sus monumentos.

Segovia puede contarse en ese número. Edificada en medio de montañas, en un sitio delicioso, y tan antigua como Burgos, Salamanca y Valladolid que tienen la poética pretensión de haber sido fundadas por Hércules ó otra cualquier divinidad fabulosa, Segovia no ha padecido tanto como sus hermanas de Castilla en las invasiones extranjeras y agitaciones intestinas. Aunque guerrera, en caso de necesidad, nunca ha tratado de rivalizar con esas últimas en fuerza y en poder, y hasta en el día parece evitar el llamar la atención sin embargo de que lo merece bajo muchos conceptos. Dos caminos reales la ponen en comunicación con la capital de España; mas no por eso Segovia se ocupa en nada de ensanchar el círculo de sus relaciones exteriores, y en vano se buscaría en el invierno un medio de transporte cómodo para atravesar entre las nieves del Guadarrama los 60 kilómetros que la separan de Madrid. Tres meses del año, Segovia vive sumergida en sí misma sobre su montaña, indiferente, por decirlo así á las convulsiones políticas y sociales que galvanizan el resto de la Península.

Pero no sucede lo mismo en el estío, época en que Segovia ostenta todos sus esplendores; entónces es cuando se deben ir á estudiar los restos preciosos que conserva en su seno al abrigo del ultraje de los hombres mas funesto aun que el de los tiempos. Los romanos hicieron de ella un sitio de recreo, y á ellos se les debe el admirable acueducto que llaman puente de Segovia, obra gigantesca formada de masas de granito de color ceniciento con manchas negras, amontonadas unas sobre otras sin ninguna argamasa, y que en el día tiene 33 metros de elevación por el sitio llamado el *Arzobejo*, no pudiéndose calcular cual era su altura primitiva á causa de la mucha arena que se ha amontonado en la base del edificio. Ninguna yerba ha crecido entre las junturas de las piedras, y su color severo presta un efecto grandioso á la imponente majestad de la construcción.

No es aquí el lugar de hacer una descripción arqueológica é investigar si se debe su fundación á Adriano ó á Vespasiano, no habiéndose hallado la menor inscripción que pueda esclarecer á los anticuarios que desde hace muchos años se hallan divididos en ambas hipótesis; así, pues, nos contentaremos con explicar que, un riachuelo llamado Riofrio lleva sus aguas á Segovia por medio del acueducto que tiene nada menos que unos 12 kilómetros de largo; que enfrente del ex-convento de San Gabriel, donde toma positivamente el nombre de puente, cuenta 300 arcos, de los cuales 35 fueron reconstruidos en tiempo de Isabel la Católica, y que por último esos arcos no se hallan sobre-

puestos sino donde ha sido necesario nivelar el curso del agua, con particularidad en la plaza del Arzobejo situada en medio de una hondonada, mientras que en las colinas no hay mas que un solo orden de arcos.

Ese monumento, que tiene el gran mérito, sobre otros muchos de la antigüedad, de servir aun como en los primeros tiempos, durará probablemente mientras dure el mundo, si puede resistir á las perniciosas influencias de las casas contiguas que algunas remontan hasta el reinado de Enrique III y cuyas fachadas góticas pueden admirarse todavía, habiéndose tolerado hasta esta fecha la imprudencia de los habitantes que roen, por decirlo así, las bases de los pilares para abrir cuevas. En otros puntos se han establecido ciertos conductos perpendiculares para extraer del canal superior el agua necesaria para el riego de los jardines y el gasto de casa, sin pensar en que esos conductos pesan sobre los pilares en que se apoyan, en vez de servirles de estribo, infiltrando en ellos una humedad que puede acarrear con el tiempo su destrucción.

Las calles de Segovia, así como los claustros de conventos suprimidos que existen aun, están llenos de fragmentos de esculturas que datan probablemente del tiempo del Bajo-Imperio: los restos de animales en piedra se ven por todos lados como en la mayor parte de las ciudades españolas de origen romano, pero desgraciadamente su fatal estado de conservación impide el poder apreciar su verdadero mérito.

Segovia encierra ruinas, segun dicen, del tiempo de los godos; acaso antiguamente se han hallado algunos vestigios de ellas, pero nosotros no hemos encontrado nada que nos pudiera servir de indicio acerca de esto, y lo que hemos visto, como de la época en cuestión, apenas remonta al XII siglo.

La iglesia de la Veracruz, abierta en 1204, encierra en una capilla octógona un sepulcro sencillo y austero, y en el retablo del altar mayor se ven pinturas de una gracia primitiva que no son inferiores á las viñetas de los manuscritos contemporáneos de Don Alonso el Sabio.

La catedral reedificada á fines del siglo XV, sin ser de una arquitectura correcta, tiene infinitas bellezas de detalle. Los estalos del coro tallados por Bartolomé Fernandez nacido en Segovia, algunos retablos debidos al pincel de Diego Urbina y algunos lienzos de Pantoja de la Cruz son dignos del mayor interés.

El edificio mas notable de Segovia, despues del acueducto, es el alcázar construido en la posición mas pintoresca, á la puntiaguda estremidad de una roca inmensa desde donde se descubre un llano que atraviesa el Eresura con su estrecha y tortuosa corriente. La construcción de ese formidable castillo flanqueado en todos sus ángulos de torrecillas con almenas pertenece á diferentes épocas; su plan principal fué trazado en tiempo de don Alonso el Sabio que fué el primero que lo habitó, y en donde compuso algunas de las numerosas obras que se le atribuyen, pero despues sufrió algunas alteraciones en medio de las luchas incesantes que agitaron el reinado de don Juan II, y mas tarde trabajó en él Herrera, el arquitecto del Escorial, hombre eminente á quien no se puede negar un saber poco común; pero, que, como Miguel Angel, profesaba un profundo desden hacia todo lo que habian hecho sus antecesores y por consiguiente nunca se cuidó de conservar el estilo de los monumentos que estuvo encargado de restaurar. Ese egoismo se deja ver con particularidad en ciertas partes del alcázar que se confiaron á sus cuidados como el pa-

tió, los balcones y la escalera principal que perdieron desde entonces todo su carácter de antigüedad; felizmente dejó intacta la escalera de caracol que conduce al torreón, y cuyos primeros escalones cubren un montón de restos preciosos de armas abandonadas allí desde tiempo inmemorial.

El interior del alcázar de Segovia no desmerece del exterior, viéndose en algunos salones suntuosos techos, parecidos á las estalactitas de piedra de la Alhambra y del Cairo, variados y delicados adornos que fueron ejecutados por artistas árabes como los del alcázar de Sevilla en tiempo de la dominación cristiana hacia fines del siglo XIV. Así, se ven, en efecto, las armas de los reyes de Castilla, rodeadas de divisas del Corán mezcladas con leyendas latinas. Los salones mas notables, son el aposento llamado de Alfonso XI, donde se estiende un cordón de piedra esculpido, y la pieza de los retratos, así llamada, porque encierra una curiosa galería con cincuenta y dos estatuas de madera pintadas, representando los héroes y soberanos de Castilla y Leon, desde los godos hasta doña Juana la loca.

En el primer piso se enseña una salita, ménos rica, pero no ménos elegante, donde tuvo lugar un fatal acontecimiento. En el año de 1326 una señora de la corte de Enrique III se acercó al balcón con el infante don Pedro en sus brazos, y le dejó caer desde una altura de muchos centenares de piés sobre las rocas que baña el Eresura. La pobre mujer pagó con su vida esa falta irreparable; algunos autores pretenden que se precipitó en el abismo detrás del niño, y otros aseguran que el rey Enrique III la mandó cortar la cabeza.—Una piedra colocada sobre una tumba perpetúa la memoria de esta desgracia, representando al infante con una espada en la mano, trofeo bien singular para un niño que murió en la cuna.

Desde hace algunos años, el alcázar de Segovia está destinado á servir de escuela de artillería é ingenieros. Después de haber servido durante largo tiempo de residencia real, se volvió cárcel de Estado en tiempo de los príncipes de la casa de Austria, destino que conservó hasta el convenio de Vergara. La fachada que mira á la ciudad tiene algunas ventanitas estrechas y enrejadas, en forma de aspilleras, por las cuales mas de un desgraciado recibía el aire suficiente para conservar su existencia, sin tener siquiera el consuelo de descubrir el cielo.

Sin embargo, las crónicas de Segovia cuentan que algunos presos de elevada alcurnia han sido tratados en el alcázar de una manera portentosa. El duque de Ripperda, de origen holandés, naturalizado español, y ministro de Felipe V, que habia caído en desgracia del rey, por sus intrigas, tuvo por cárcel los mejores aposentos del alcázar, recibiendo para su mesa una pensión mensual de trescientos doblones, cantidad enorme en aquellos tiempos; mas sin embargo, tan hermosa es la libertad, que, poco satisfecho de aquella fortuna, el astuto ministro consiguió escaparse por una de las ventanas del alcázar, gracias á la ayuda que le prestaron una jóven segoviana y un criado suyo francés, después de lo cual, y habiendo cambiado ya varias veces de religión, se hizo musulmán, logrando obtener el mando en jefe de las tropas del emperador de Marruecos, y el título de bajá. Este audaz aventurero no supo conservar esas dignidades, viéndose cerca de Tánger una miserable habitación donde murió en edad avanzada y medio desterrado, cultivando flores y hortalizas.

BUQUES SUBMARINOS.

SUS INVENTORES.

Parece que los antiguos no llegaron á conocer el arte de navegar por debajo de las aguas, pues que las primeras tentativas hechas á este objeto se remontan un poco mas lejos del siglo décimosesto de la era cristiana. En el Polyhistor de Mosohf se encuentra la descripción de un buque submarino construido por el físico alemán Sturm. El Mathematical-Magic de Wilkins, obispo de Chester, ensalza como invención preciosa la de un buque submarino de Cornelio Van-Debbel maquinista holandés, que el rey Jaime I habia llamado á la corte de Inglaterra: finalmente, el título 45 de la enciclopedia y el *Journal encyclopédico* de 1772 contienen algunas reseñas sobre ensayos hechos en Francia durante el siglo XVIII; pero lo cierto es que el americano Bushnell ha sido el primero que ha llevado esta invención á un grado de perfección harto adelantada para esperar de ella algun resultado. En 1787 propuso á Jefferson, á la sazón embajador de los Estados Unidos en Francia, el destruir por medio de buques submarinos todas las escuadras inglesas, y para que no quedase la menor duda del valor de su ofrecimiento atacó é hizo saltar algunas embarcaciones pequeñas llevando cerca de ellas un almacén de pólvora. Con todo se reconoció que ese buque no podia dirigir bien sus movimientos para llenar con seguridad el objeto de su viaje; y por otra parte se opusieron también á Bushnell motivos de un orden mas elevado, el derecho público de las naciones no permitía el empleo de semejantes medios de destrucción, mas sin embargo esta respuesta no impidió al célebre Roberto Fulton de hacer otra proposición igual en 1800. Su aparato, al cual llamaba él *buque-peze ó náutico*, era muy superior al de Bushnell; en su construcción habia aplicado todos los recursos de un genio eminentemente inventor; así es que el ensayo que hizo con él en Ruan y en el Havre tuvo muy buen éxito; estuvo 20 minutos debajo del agua y recorrió algunas centenas de toesas, mas no obstante, Bonaparte, á la sazón primer cónsul, desechó sus ofertas. En la misma época el ingeniero Hodgman en las costas de Inglaterra andaba un cuarto de milla debajo del agua en un buque submarino sin que al parecer llevase mas allá sus experimentos, y de paso podemos citar los esfuerzos incompletos de Klingler de Breslau hacia el año 1807. En 1810 MM. Coesin de Havre hicieron, á presencia de un comisionado del gobierno, experimentos en una grande escala por medio de un *ndutico* que podia contener á nueve personas, y por último, mas recientemente muchísimos periódicos hablaron con estension de los ensayos de MM. de Castera de Burdeos y Lemaire de Angerville cerca de Rocafort.

UN PASEO A TIVOLI.

El camino de Roma á Tivoli es pintoresco hasta lo sumo. Al salir fuera de las murallas de Roma se encuentra ya la basilica de San Lorenzo, pequeña pero llena de maravillas; columnas romanas, bajo-relieves mitológicos, preciosos mármoles, mosaicos, pinturas, todas las artes, todos los estilos y todos los siglos se confunden ó mas bien forman una unidad esquisita, que parece obra de la casualidad y que sin duda se debe á un gusto superior al de las mismas reglas. Al mismo tiempo se despliegan á la vista esos campi-

ñas admirables cuyas vastas y severas ondulaciones sorprenden ordinariamente á todos aquellos que no gustan sino de las verdes alfombras en los campos; vense muy pocos árboles; las vigorosas tintas de la tierra reflejan los



Vista de las cascadas de Tiboli y de las ruinas de Mecenás.—Dibujo tomado del natural por M. BELLEL.

ardores del cielo, y por todas partes se descubren inmensos horizontes, una luz que deslumbra y un silencio nunca interrumpido. Hermosos lagartos tornasolados se alejan á paso lento al ver al hombre, y de distancia en distancia se suelen encontrar algunas cuadrillas de segadores ó de peregrinos estenuados de cansancio y de miseria. Por a

izquierda se ven sucesivamente el lago del Tártaro y el de la Solfatara; dos veces se atraviesa el antiguo Anio, la segunda por el puente Lucano.

Mas lejos se descubren las ruinas de Adriana donde el mayor artista de los emperadores romanos reunió todo cuanto le habia sorprendido en sus viajes; un dia entero no bastaria para estudiar esas ruinas imperiales: templo de los estóicos, teatro griego, cuarteles, habitaciones sacerdotales, palacios, cada uno de esos restos imponentes es una leccion, un descubrimiento, una nueva página de historia.

Hecha esta parada en la antigüedad se principian á subir unas cuestas cubiertas de olivos y bien luego se llega á Tivoli. A la estremidad opuesta de la aldea se levanta en la escarpada cima de una roca el pequeño edificio tan célebre bajo el nombre de templo de la Sibila, aunque en realidad es un templo de Vesta; á la izquierda se vé un monumento cuadrado que probablemente se hallaba consagrado á la sibila; á la bajada se encuentra el antiguo abismo donde el Anieno habia socabado las grutas de las sirenas y de Neptuno, hoy secas y medio destruidas, y despues á traves de un florido jardin, se vé el nuevo canal en donde cae estrepitosamente toda la corriente del rio, formando la cascada mayor, que se halla separada por una profundidad considerable del templo de Vesta que se halla en frente y la domina. Un camino sombrío conduce al otro lado del valle regado por las aguas cubiertas de espuma aun por la caída, en frente de las alturas de Tivoli desde donde descubre la mirada la cascada y el templo hasta las ruinas del palacio de Mecenas. El entendido autor del dibujo que damos con este artículo se colocó en lo bajo del camino en una arboleda que presenta á la vista un cuadro mas estrecho y sombrío.

Cinco son las cascadas formadas de arroyuelos sacados del Anieno ántes de su caída para poner en movimiento diferentes fábricas de Tivoli, que se estienden como cintas de plata sobre las verdes colinas de la montaña; una de las tres mas pequeñas baja por en medio de las ruinas del palacio Mecenas, cayendo de una altura de mas de cien piés.

La principal de las ruinas del palacio es una masa cuadrada adornada de columnas dóricas y de arcos que forman la entrada de un pórtico; frente por frente se vé una humilde casa donde se cree vivió Horacio.

Los grandes recuerdos del siglo de Cesar y de Augusto prestan un encanto indecible á ese paisaje uno de los mas hermosos de la tierra.

UN SECRETO DE MÉDICO.

(Véase nuestro n. 4.)

Sin embargo, su voz que se cortaba por instantes, se detuvo de repente; el jóven médico se inclinó vivamente á mirar, gritó á la jóven que trajese una luz, y mientras la encendia, levantó la cabeza del anciano, que estaba desmayado, le hizo respirar algunas sales que llevaba siempre consigo, y no tardó en sentir que iba volviendo en sí.

Rosa llegó en aquel momento. El señor Duret que principiaba á entreabrir los ojos, levantó una mano, quiso hablar, pero no pudo pronunciar mas que algunos sonidos inarticulados, y como la jóven se acercó para ver si podia entenderle, hizo un esfuerzo desesperado, levantó la cabeza y sopló la luz que se apagó.

No obstante, el médico habia visto lo bastante para asegurarse de que habia que administrarle socorros inmediatamente. Así, pues, se despidió del antiguo alguacil, reco-

mendándole el reposo y prometiéndole que volveria para hablar del asunto en cuestion. Rosa le siguió hasta fuera.

— ¿Y bien? — preguntó con ansiedad.

— La enfermedad presenta sintomas muy graves, — dijo Fournier, — voy á escribir una receta que cuidaréis de administrarle rigurosamente.

— ¿Hacen falta remedios? — observó la jóven con una especie de inquietud.

— Algunos; no teneis mas que presentar la receta y el boticario os los entregará.

Rosa parecia como cortada, pero el jóven que adivinó la causa, continuó:

— No tengais ahora cuidado por el precio; os darán todo lo que haga falta, y despues yo me entenderé con el señor Duret.

— ¡Ah! Mil gracias, caballero, — dijo la jóven, — cuya mirada estaba impregnada de gratitud; — pero me temo que mi padrino suponga que hay que pagar esos remedios, y no los quiera tomar; si me permitiéseis decir que vos se los suministráis... gratis... despues los pagaria yo mas tarde ó mas temprano con el fruto de mi trabajo.

— Enhorabuena, — respondió Fournier que sentia ver á la jóven que se ponía encarnada de vergüenza y no se atrevia á hablar, — obrad como mejor os parezca, que yo os ayudaré.

Para dar mas apariencia de verdad á lo convenido, el doctor dijo á la jóven que se fuese con el señor Duret, en tanto que él iba á traer las medicinas; para decidirle á tomarlas fué necesario repetirle muchas veces, que se las regalaba el vecino, y al cabo persuadido de que nada le costaria la cura, se prestó dócilmente á todo lo que exigieron de él.

Pero el mal habia hecho ya tales progresos, que los esfuerzos de la ciencia no podian servir de nada. A través de sus alternativas de calentura y desfallecimientos, el anciano iba decayendo cada dia, y Fournier conoció bien luego que habia muy poco que esperar, por lo cual renunció á remedios impotentes ya, y abrió libre campo á todos los caprichos de Duret. Este por su parte manifestaba mil deseos y formaba mil proyectos, pero al ejecutarlos la avaricia venia siempre á detener el proyecto y á extinguir el deseo: sintiendo vagamente que se moria, exajeraba la necesidad de tomar precauciones para crearse ilusiones de una larga vida.

Así se pasaron quince dias. Rosa seguía mostrando la misma paciencia y abnegacion; acostumbrada hacia ya diez años á ese yugo de la pobreza voluntaria, la aceptaba sin incomodarse; compadecia á su padrino en vez de acusarle, y no habia deseado nunca la riqueza mas que para que disfrutara de ella su bienhechor. El jóven médico descubria á cada visita un nuevo tesoro en aquella alma, que no pedia á nadie mas que la ocasion para sacrificarse en su favor. Así, el interés creciente que iba tomando á la jóven se extendia tambien al anciano alguacil, el único amigo que tenia en el mundo, porque, por dura que hubiese sido su proteccion, Rosa le debia la apariencia de una familia; queriendo únicamente ser su amo, el señor Duret habia sido para ella un apoyo. Pero, ¿qué iba á sucederle despues de su muerte, sin recursos y sin guía? Nada podia esperar de la fortuna de su padrino, porque este tenia un primo, Estéban Tricot, rico labrador establecido en las cercanías, y con el cual se habia llevado siempre muy bien. Tricot, que iba de vez en cuando á visitar al señor Duret, á fin de medir la distancia que le separaba de su herencia, llegó justamente con su mujer en lo mas fuerte de la enfer-

medad. El primo era uno de esos campesinos astutos que se hacen groseros para aparentar franqueza, y hablan en alta voz para que se crea lo que dicen.

Al ver á su primo moribundo, Tricot comenzó una serie de lamentaciones que el señor Duret se apresuró á interrumpir, declarando que no era nada, y que dentro de algunos dias estaria bueno y sano. Tricot le miró de reojo y le dijo con aire de duda é inquietud:

— ¿Sí?... Pues os juro que me alegro muchísimo... Así, pues, ¿os sentís mejor?

— Mucho mejor, — balbuceó Duret.

— Enhorabuena, — repuso el campesino, que continuaba mirando al enfermo con aire de duda. — Los hombres de bien no deben enfermar nunca... ¿Sin duda habrá ya venido el médico?

— Viene todos los dias, — respondió el señor Duret.

— ¿Y qué es lo que ha dicho?

— Que no habia nada que temer, y que todo iria bien.

— Vaya, vaya, — repuso Tricot como desconcertado, — teneis un temperamento de cal y canto, eso no es nada, eso no es nada.

— Sí, sí, — dijo Duret, que deseaba persuadir á todo el mundo de que su enfermedad no presentaba la menor gravedad, á fin de persuadirse tambien á sí mismo, — estoy un poco débil, y eso es todo.

— Pues aquí os traemos para que recupereis vuestras fuerzas, — interrumpió Teresa Tricot sacando de su cestilla un pato desplumado y tres botellas llenas de vino; — hemos cebado este pato para vos... y ademas, aquí teneis estas botellitas de nuestro vino nuevo; ya veréis cómo esto os pone bueno.

Duret lanzó una mirada al pato y á las botellas, y seducido por la idea de una buena comida que nada le costaba, llamó á Rosa, le señaló las provisiones y le dijo que queria cenar con el labrador y Teresa. La jóven, acostumbrada á una sumision pasiva, obedeció á su padrino sin hacer la menor objeccion.

Bien luego el perfume del asado penetró en el cuarto del enfermo, cuyo estómago, debilitado por largas privaciones, principió á sentirse escitado por aquel olor succulento. El señor Duret se reanimó con la esperanza de un festin sin gasto ninguno, hizo poner la mesa cerca de su cama, y pudo hallar en su apetito atrasado y tan pocas veces satisfecho, un resto de sed y de hambre para hacer los honores de aquella cena inesperada. Tricot llenó el vaso del enfermo, que este vació de un trago, para que se le llenaran de nuevo; el vino y la comida, léjos de acrecentar su mal en el primer momento, parecieron exaltar sus fuerzas quebrantadas: su rostro se animó por instantes, sus ojos brillaron con el vino, y se puso á hablar en alta voz de sus proyectos, apretando las manos del primo y de la prima, repitiendo con voz firme que eran sus verdaderos parientes, y dándoles consejos sobre lo que debian hacer con su *pobre herencia*. Tricot y su mujer lloraban de ternura. Por último, cuando dejaron al señor Duret para desempeñar lo que tenian que hacer en la ciudad, le prometieron que volverian á despedirse de él ántes de marchar.

Fournier llegó cuando salian: el jóven médico pudo ver al enfermo, que les seguia con una mirada burlona hasta mas allá del umbral, despues de lo cual acabó su vaso, é hizo resonar su lengua en el paladar con una irónica sonrisa.

— ¿Parece que vamos mejor, vecino? — preguntó el médico algo sorprendido.

— ¡Mejor! — murmuró Duret medio borracho, — sí,

sí, mucho mejor, gracias á su buena comida... ¡Ah! hacen la corte á mi herencia con sus patos... y vino nuevo!.. Yo lo acepto todo... siempre se debe aceptar, es lo mas politico.

— ¿De ese modo creéis que son jenerosos por interes? — preguntó Fournier sonriendo.

— ¡Ah! ¡ah! creen que me engañan porque bebo su vino y como su pato... cebado para mí, como dice su mujer! ¡Ah! ¡ah! ¡ah! veremos quien echa el gato al agua.

— ¿Por ventura proyectais engañar sus esperanzas?

— ¿Porqué no?... creo que puedo disponer como me parezca de lo poco que me pertenece; y dado caso que quisiera favorecer á una pobre jóven...

— ¡A la señorita Rosa! — interrumpió vivamente el jóven, — ¡ah! si tal fuera vuestra intencion, señor Duret, os ganariais la estimacion de todos los corazones honrados. El señor Duret se encojió de hombros.

— ¿Qué me importan á mí los corazones honrados? Lo que me divierte es engañar al gordo... y á su mujer.

Duret soltó una carcajada al decir esto, pero esta risa convulsiva se apagó en una repentina sofocacion que le hizo caer hácia atrás. Fournier se apresuró á prodigarle todos los cuidados necesarios, y al cabo de poco tiempo volvió en sí y principió nuevamente á hablar, recayendo bien luego en otro accidente mucho mas fuerte que el primero. Los estímulos á que acababa de esponerse gastaron los últimos resortes de su vida y por consiguiente aceleraron la crisis suprema. El jóven médico notó con espanto que aquellas sofocaciones que se sucedian con mas rapidez cada vez, principiaban á provocar la agonía; Duret volviendo á la razon por el misterioso presentimiento de la muerte, principiaba á aterrorizarse.

— ¡Ah! Me siento muy malo, señor Fournier; muy malo, — dijo con voz entrecortada, — ¿hay peligro de muerte?... advertídmelo si lo hay... porque ántes de morir... tengo un secreto que revelar...

— Decidle, decidle, — repuso el jóven.

— ¡Con que es verdad! — repuso Duret espantado. — Ya no hay esperanza... ninguna... ¡Dios mio! y habré de renunciar á lo que he atesorado con tanto trabajo... para dejárselo á los demas... todo... todo...

El avaro se torcia las manos con la rabia de la desesperacion.

Fournier se esforzaba por calmarle hablándole de Rosa que entónces estaba fuera de casa, pero que iba á llegar dentro de un instante.

— Si, quiero verla, — murmuró Duret con ansiedad, — ¡pobre muchacha!... querrán llevárselo todo... pero ella tiene su parte... no tiene mas que buscarla...

Entónces se detuvo.

— ¿En dónde está? — preguntó Fournier, inclinado sobre la cama.

— ¡Ah! hay esperanza todavía... — dijo Duret, — Decid... no es mas... que... un desmayo...

— ¿Donde debe buscar vuestra ahijada? — repitió el jóven viendo que principiaban á vidriarse los ojos del moribundo.

— Abrid... la ventana... quiero ver... la luz... id al jardin... allá... detrás del pozo... el capitel...

La voz se apagó... el jóven médico vió que los labios se movian aun como tratando de pronunciar palabras que ya no se podian oír; un estremecimiento convulsivo agitó su rostro, y despues todo quedó inmóvil: el señor Duret habia entregado su alma al Criador.

Rosa entró poco tiempo despues. Al saber la muerte de su padrino su dolor fué silencioso, pero sincero; era el

único hombre que se había tomado algun cuidado por su existencia, y no conociendo aun la compasión humana mas que por aquel duro bienhechor, la joven huérfana le había consagrado toda la ternura que cabía en su corazón.

El primo Tricot y su mujer la encontraron arrodillada cerca del difunto con el rostro apoyado en una de sus manos que estaba bañando con sus lágrimas; los parientes acababan de saber lo sucedido y venían no tanto por tributar sus deberes al difunto como por asegurar sus derechos de herederos; ambos comenzaron por tomar posesión de la casa apoderándose de las llaves escondidas bajo la almohada del muerto, y en seguida Tricot dejó a su mujer para que tuviera cuidado de la herencia en tanto que él iba a llenar las formalidades del entierro. Rosa esperó en vano de la campesina una palabra de simpatía; la pobre joven se quedó desolada al lado del muerto hasta el momento en que vinieron a llevarse los sepultureros.

Rosa tuvo el valor suficiente para acompañar el féretro hasta el cementerio, pero cuando volvió sintió que sus fuerzas estaban agotadas así como su valor. Al llegar al umbral, titubeó en entrar; Tricot y su mujer estaban haciendo el inventario de todo lo que debía pertenecerles; los armarios estaban abiertos y los muebles en desorden... Rosa sentía que se la partía el corazón y se sentó en el banco de piedra que estaba junto a la puerta, y allí con las manos cruzadas sobre sus rodillas se inclinó su cabeza, dejaba correr sus lágrimas en silencio.

Una voz que la llamaba la hizo levantar los ojos; era M. Fournier que la había visto, y compadecido de su abandono, la traía algunas palabras de consuelo.

Rosa no pudo responder en un principio mas que con sus lágrimas. El joven la preguntó con dulzura por qué se quedaba fuera, y la animó, a arrostrar la dolorosa impresión que debía recibir al volver a entrar.

— La aflicción se parece a nuestras medicinas, que siempre son amargas, — dijo, — lo mejor es beberlas de un trago, porque las pausas multiplican el dolor dividiéndolo en diferentes veces.

— Ah, caballero, — dijo Rosa a media voz — no me quedo aquí de pesadumbre, sino que temo, si entro, el incomodar a sus parientes.

— ¿Están ahí ya? — preguntó el joven.

— Con M. Leblanc.

— El antiguo notario condenado por malversador de fondos?

— Tened cuidado, que puede oiros.

Fournier miró hacia adentro, y vio al primo Tricot y a su mujer ocupados en vaciar los armarios.

— ¡Pero lo están cojiendo todo! — exclamó.

— De ellos es, — replicó Rosa con dulzura.

— Eso es lo que falta saber, — repuso Fournier entrando apresuradamente.

El ex-notario que estaba mirando los papeles que contenía una grande cartera hallada en el armario del difunto, se volvió con presteza.

— Deteneos, caballero, — exclamó el joven, — no os toca a vos el examinar esos papeles.

— ¿Y por qué? — preguntó M. Leblanc.

— Porque pueden ser concernientes a la herencia del difunto.

— Pues es claro, — exclamó Tricot, — ¿y no somos nosotros los herederos?

— ¿Cómo lo sabéis? — repuso Fournier, — el señor Duret puede haber dejado un testamento.

— ¡Un testamento! — repitieron el campesino y su mujer mirándose con espanto.

— ¿Por ventura está en vuestro poder? — preguntó Leblanc con voz meliflua.

— No digo eso, — repuso el médico, — pero el difunto me ha declarado cuáles eran sus intenciones.

— ¿Y sois acaso un legatario? — preguntó Leblanc en el mismo tono de ironía.

El médico se sonrojó.

— No se trata de mí, caballero — respondió con impaciencia, — sino de la ahijada del señor Duret.

— ¡Ah! habla de Rosa — interrumpió Teresa con voz chillona, — ¿venís a defender sus intereses porque teneis algun parentesco con ella?

— No soy mas que su amigo, señora...

Los dos primos le interrumpieron con una carcajada grosera.

— ¿Entonces os ha confiado sus poderes? — preguntó Leblanc.

— He resuelto que se respeten sus derechos por todos los medios que están en mi poder, — dijo Fournier tratando de evitar el responder directamente, — aunque no soy letrado, sé, que en el caso en que os hailais hay ciertas formalidades que llenar, y antes de entrar en posesión de los bienes del difunto, es menester averiguar si os pertenecen.

— Lo que no quita que podamos tomar posesión provisionalmente, — observó M. Leblanc que continuaba examinando los papeles de la cartera.

— Entonces también se os podrá decir que habeis violado la ley.

— Entablando un pleito, ¿no es verdad? Pero los pleitos cuestan caros, señor doctor, y vuestra protegida creo que no podrá pagar ni los primeros gastos.

— ¿Es decir que abusais de su pobreza para atentar a sus derechos? — exclamó Fournier indignado.

— No, lo que hacemos es obrar en virtud de los nuestros, — respondió M. Leblanc con serenidad.

— Pues entonces, — repuso el joven con energía, — yo vengo a reclamar la ejecución de la ley. Yo he prestado al difunto socorros y remedios de todos géneros, y como acreedor que soy, pido que se me garantice el pago de la deuda, y reclamo la intervención de la justicia.

Al oír esto, los esposos Tricot que habían ya querido intervenir muchas veces en la conversacion se incomodaron hasta lo sumo; pero M. Leblanc les apaciguó con un ademán.

(Se concluirá.)

EUSTACHE LE SUEUR.

Eustaquio Le Sueur, hijo de un escultor, nació en París en 1617. Con mucha afición al arte, se entregó completamente a él, aunque no debía lisonjearle mucho el ejemplo de su padre que vivió pobre y casi sin reputación. Hechos algunos ensayos que patentizaron ya sus felices disposiciones solicitó y obtuvo el favor de entrar en el estudio de Simon Vouet, primer pintor de cámara a la sazón.

Le Sueur no salió nunca de Francia; entre sus numerosas y hermosas obras, figura en primera línea la Muerte de San Bruno, *esa escena tan religiosamente trágica, tan bien concebida y tan misteriosamente ejecutada*, como dice M. de Vitet en su biografía, que Le Sueur pintó con toda la vida de San Bruno para los cartujos de París.

Como la mayor parte de los grandes artistas, Le Sueur

no obtuvo en vida la grande y merecida reputacion que | hermana de un amigo suyo, débil de salud y sin fortuna
ha logrado despues; casado á los veinticuatro años con la | como el artista, no pudo soportar la pérdida prematura



MUSEO DEL LOUVRE.—La muerte de San Bruno, por LE SUEUR.

de su esposa y cuando esta se murió se retiró al conven- | y donde rindió su alma al Criador en brazos del padre
to de Cartujos donde había pintado la vida de San Bruno | prior á los treinta y ocho años de edad.